# El canto del Pollino

(Miguel Ángel Gayo Sánchez)

La lascivia de mi burro Federico me llevó hasta ella. Desdeñando la habitual vereda con sombra de nuestros paseos estivales, aquella mañana se detuvo en seco y torció el morro.

-¿Qué ocurre? Ese camino es privado. ¿Acaso no sabes leer?

Su hocico apuntaba hacia un pastizal cuyo carril desembocaba en un antiguo cortijo, hoy reconvertido en zona de descanso para ricachones. Traté de quebrar su voluntad tirando con fuerza del cabestro. Federico, burro donde los haya, se mostró más terco que una mula.

-Está bien. Pero luego no te quejes si te llevas un perdigonazo.

El instinto libidinoso de Federico pronto tuvo su recompensa. A los pocos metros de avanzar por el carril nos topamos con la vida equina que alteraba sus sentidos: una exuberante yegua de grupas prominentes. Junto a la yegua, una muchacha vestida de amazona se refrescaba con la cantimplora. A mis diecisiete años y las hormonas en efervescencia, también ella me pareció a mí un ser de lo más perturbador.

-Buenos días -me presenté-. Creo que a mi burro le gusta tu yegua.

La muchacha se mantuvo indiferente ante nuestra presencia. Cerró la tapa de la cantimplora y nos lanzó una rápida visual, no exenta de desdén.

-Tu borrico aspira alto -dijo con sorna.

Reconozco que su aplomo me descolocó. Federico, ajeno al epíteto peyorativo con el que trataban de menoscabar su estirpe de auténtico asno cordobés, emitió un sonoro rebuznó, lubricó sus labios e inició un trote libidinoso hacia las grupas de la yegua.

−¡Aparta esa bestia! –se alteró la muchacha trabando con su cuerpo el paso de Federico y lanzando mandobles con la fusta de montar.

## El canto del Pollino

(Miguel Ángel Gayo Sánchez)

Federico, lujurioso pero miedica, reculó para atrás.

−¡Si se acerca le atizo, te lo juro! −amenazó la muchacha sin dejar de menear la fusta−. Saray es mucha hembra para un pollino.

-Tampoco hay que insultar -protesté mientras acariciaba el cuello de Federico-. ¡Y baja ese látigo de niña pija! ¿Acaso te educaron con él?

La muchacha bajó la fusta y masculló algo. Vestía un impoluto traje de amazona, con el casco de equitación en terciopelo negro a juego con los guantes, camisa blanca de cuello ceñido y pantalón elástico rosa.

–Un poco desmesurado para este tiempo. Me refiero al disfraz –
contraataqué –. Aunque he de reconocer que te sienta de maravilla.

La muchacha se sonrojó levemente. El amago de piropo le cogió desprevenida. Noté cierta distensión en su pose.

-Me llamo Fernando -aproveché extendiendo la mano-. A Federico ya lo conoces.

La chica dudó un momento. Me ofreció la mano. La retiró con rapidez cuando se dio cuenta de que llevaba puesto el guante.

-Estoy entrenando a Saray -dijo-. Es un pura raza, y pronto competirá en doma. Hay muy pocas yeguas en competición, así que vale su precio en oro. Si mi padre se entera de que un burro ha tratado de montarla, me mata.

Federico lanzó un sonoro rebuzno. Seguía ojo avizor con la yegua. La muchacha se sonrió.

-Todo un don Juan tu borrico. -La muchacha se acercó y le acarició el lomo. Federico se dejó hacer y levantó las orejas al cielo-. ¿Cómo dices que se llama?

-Federico. Se lo puse en honor al poeta. Ya sabes, Federico García Lorca.

## El canto del Pollino

(Miguel Ángel Gayo Sánchez)

-¿Y me llamas a mí desmesurada? ¿No te parece excesivo bautizar a un burro con el nombre de un poeta? –Ladeó la cabeza buscando por primera vez mi mirada. Sus ojos, cobrizos como dos monedas de un antiguo tesoro, perturbaron mi habitual locuacidad.

Ella debió notar el rubor y mantuvo la conversa.

-En hebreo, Saray significa "princesa". El árbol genealógico de mi yegua demuestra que su linaje se extiende hasta lo más noble de la pura raza española.

La muchacha siguió hablando de la singularidad de estos animales, de su pureza racial, de los duros requisitos que debían poseer los machos para ser admitidos como reproductores. Solo uno de esos machos portentosos sería merecedor de Saray.

-Lo siento por Federico -dije yo impostando cierta resignación.

Me gustaba escuchar a la muchacha hablar con aquella pasión. Los caballos y la doma clásica formaban parte de su vida. En el mundo del que provenía todo eso entraba dentro de la normalidad. Quizás debí entender en ese momento el abismo que nos separaba y evitar así que mi mente se embelesase por ella. Y es que de pronto me imaginé que cabalgábamos juntos sobre la grupa de Saray mientras mis manos se aferraban con fuerza a su cintura. Al galope, cortábamos los vientos en un campo de amapolas rojas...

−¿Y tú a qué te dedicas? –preguntó ella rompiendo mi ensoñación.

–Mis padres trabajan el campo. Tenemos aquí cerca un caserón con olivos y algunas hectáreas de calma. Yo estudio fuera y vengo a pasar los veranos. Algún día me haré cargo de las tierras. Mientras llega eso escribo poemas.

La muchacha se montó con elegancia sobre la yegua.

## El canto del Pollino

(Miguel Ángel Gayo Sánchez)

-¡Acabo de conocer a un labriego con ínfulas de poeta! Mis amigas se van a mondar de la risa cuando se lo cuente -dijo con malicia.

Le acababa de salir la vena despótica, esa que subyace latente bajo la capa de educación y buenos modos en el que son instruidos los vástagos de las clases superiores.

−¡Ya que Saray es demasiado noble, quizás tú puedas ser la novia que ando buscando para mi burro! –propuse en plan vengativo.

La muchacha arqueó las cejas con malignidad. En lugar de contestar a la provocación, sacó la cantimplora y bebió un buen trago. Una solitaria gota se escapó de su boca, le descendió por la mejilla y se precipitó dentro de la blusa.

-Tengo novio. Como verás, hoy no es un día de suerte para Federico.

Antes de alejarse al trote me lanzó una mirada pícara, como si la mala suerte de la que hablaba fuese mía, y solo mía.

Me hubiese gustado conocer el destino de aquella solitaria gota de agua. ¿Se mantuvo íntegra mientras descendió por el cuello de la muchacha sin romper la esencia de lo que fue? ¿Tuvo la osadía de precipitarse sobre sus pechos? ¿Se abrió paso entre ellos para morir en el ombligo? ¿O se adentró camino abajo en busca de regiones ignotas?... Era la hora de la siesta. Desde la cama de mi cuarto se escuchaban los ronquidos de mi padre en el salón y a mi madre partiendo almendras frescas junto a la pileta del patio. Yo apenas tenía sueño. Pensaba en la chica y en esa gota de agua recorriéndole el cuerpo. Maldije los mundos tan dispares que nos separaban. Evoqué una y otra vez la mirada pícara con la que se despidió, quizás en busca de alguna grieta en ese muro que se alzó entre nosotros cuando anunció la existencia de un novio.

## El canto del Pollino

(Miguel Ángel Gayo Sánchez)

Me convencí de que aquella chica no era para mí. Ni siquiera tuvo la delicadeza de presentarse. Hablé con Federico. Le convencí de que Saray era una yegua ricachona y prepotente. Por mi parte puse en práctica un ejercicio mental de conversión de imágenes: cerré los ojos y visualicé el campo de amapolas rojas sin la muchacha. El éxito del ejercicio pasaba por recrearse en esa soledad el mayor tiempo posible. Pero una inesperada tormenta descargó su ira sobre el campo de amapolas. Entonces apareció ella vestida de amazona. Me ofrecía su mano salvadora y me invitaba a subir a los lomos de la yegua. Aunque llovía a cántaros, una sola gota mojaba su rostro. Una gota que descendía plena y henchida por su cuerpo. La gota se detenía en cada rincón de su ser y arrastraba con ella algún secreto. A fin de cuentas, nuestro cuerpo termina siendo el depositario fiel de esa otra vida íntima y subterfugia que ocultamos a los demás.

El descanso nocturno sirve para ordenar las experiencias que se han vivido durante la jornada y aquellas otras que a uno le hubiese gustado vivir. El mundo onírico, cargado de sueños compensatorios y estrafalarios, ajusta cuentas con el mundo real. Quizás por eso me levanté la mañana siguiente con la firme decisión de obviar a esa muchacha maleducada de trote aburguesado. Tomaría para ello otro camino en mi paseo matinal.

Federico también parecía resuelto a olvidarse de Saray y disfrutó como un corcel en la pradera situada a los pies de una antigua muralla que sirvió de muro defensivo de estas tierras. Busqué la sombra de una encina y dejé que el burro trotase suelto. Saqué de la talega la libreta en la que solía anotar mis poemas fugaces y me dispuse a escribir los primeros versos inspirados en aquella gota de agua. La tarea se presentaba descomunal: ¡un poema sin argumento, sin artificios ni falsos dramas! Tan solo una gota desnuda. Desnuda como el cuerpo de mujer por el que descendía revelando sus secretos.

# El canto del Pollino

(Miguel Ángel Gayo Sánchez)

Un pronunciado rebuzno de Federico alteró mi inspiración.

−¿Qué?

Federico retorcía los morros y balanceaba la cabeza como un tonto. Alzaba las orejas y el hocico tratando así de filtrar en la brisa los aromas que le perturbaban. Enseguida descubrí el origen de su zozobra: la muchacha y su yegua se acercaban al galope desde el otro extremo de la pradera. Al detenerse junto a nosotros Federico inició el ritual del cortejo: encadenó varios rebuznos cortos e intensos, colocó las orejas gachas, levantó el labio superior de forma chaplinesca y dobló la cabeza junto a los cascos de la yegua en acto de sumisión.

-Me da mucha lástima -dijo la muchacha-. Deberíamos buscarle una borrica.

A duras penas pude arrastrar a Federico hasta la encina y amarrarlo al tronco.

-Empiezo a pensar que es tu yegua la que persigue a mi burro -dije yo aludiendo a la casualidad de que nos volviésemos a encontrar.

La muchacha se bajó de la yegua y se quitó el casco. Vestía más informal, sin guantes y con camisa corta.

- -Venía en tu busca. Quería disculparme por lo de ayer. Creo que me mostré un poco grosera.
- -¿Un poco? −pregunté yo desviando la mirada.
- -Bueno, ya está dicho. Que tengas un buen día. -La muchacha se marchaba sin poder disimular el enojo por mi falta de compresión a sus disculpas.

Agarré su brazo justo cuando colocaba el pie en el estribo:

-Deja que te ayude -propuse solícito.

La muchacha forcejeó para soltarse de mí y terminó cayendo hacia atrás.

## El canto del Pollino

(Miguel Ángel Gayo Sánchez)

-Lo has hecho adrede. ¡Vete a la mierda, estúpido!

Me insultaba dese el suelo con la pierna enganchada en el estribo. Su posición no era muy digna para alguien que montaba un pura raza.

-¡Caerse del caballo! Cuando se lo cuente a mis amigos van a flipar -dije yo parafraseando el comentario despectivo de la otra mañana.

La muchacha se levantó sin mi ayuda. Al primer paso amagó con volver a perder el equilibrio. Le dolía el tobillo cuando cargaba el peso. Le sugerí que lo mejor sería descansar hasta que se le pasase el dolor.

A regañadientes aceptó mi brazo a modo de asidero y caminamos juntos hacia el refresco de la encina. Sentí como sus dedos (y sus uñas) se hincaban sobre mi antebrazo. Nos miramos de reojo. Creo que fue consciente de que yo aceptaba con agrado ese dolor. Y es que, aunque fuese por un instante, nuestros mundos excluyentes se rozaban.

- -Te quitaré la bota y veré como está el tobillo.
- –¿Acaso eres médico? –protestó ella.
- El próximo año empiezo Veterinaria. Algo es algo.

El comentario le hizo gracia.

-Todo tuyo -dijo extendiendo el pie.

Le quité la bota y la media. Me quedé como un pelele contemplando su pie desnudo.

−¡Vamos! –me animó ella. Disfrutaba con la situación. Tanto, que sacó su teléfono móvil–. Si no te importa haré una foto. Mis amigas van a alucinar.

Palpé su empeine con el cuidado del que tiene entre sus manos un objeto de porcelana. Giré el tobillo hacia un lado y hacia el otro. Todo parecía en su sitio. Me dejé llevar y alargué la auscultación por puro deleite. Las yemas de mis

# El canto del Pollino

(Miguel Ángel Gayo Sánchez)

dedos recorrieron la sinuosa bóveda de su arco plantar mientras el flash de su móvil inmortalizaba mi cara de idiota...

La muchacha se llamaba Marta. El tobillo dejó de molestarle al cabo de media hora. Durante ese tiempo estuvimos conversando sobre aspectos tangenciales de nuestros respectivos mundos. Evitábamos así las aristas que pudiesen poner en peligro el incipiente acercamiento. Me habló de su hámster Manolo, de un póster que aún colgaba en su habitación firmado por el mismísimo Tom Cruise, de su hermano pequeño, caprichoso e hiperactivo, de la última fiesta a la que asistió con sus amigas y en la que acabó llorando como una niña.

-Cuando bebo más de la cuenta se me abre la caja de Pandora, como digo yo, y todo sale.

Yo la quería así, serena y distante, lejana en su cercanía. Llena de secretos que, por serlos, nunca deberían afectarnos.

La estampa de Saray pastando en la pradera parecía de postal. Su exuberante crin coronaba un cuello altivo y ligeramente arqueado, estandarte de una cabeza noble y bien proporcionada. El color de su capa, de un castaño encendido, realzaba la anatomía de su raza y delineaba una musculatura trabajada con esmero.

Es maravillosa. Nunca me falla. Nos necesitamos y nos respetamos –dijo
Marta embelesada–. Me imagino que tú sentirás algo parecido por Federico.

Observé a Federico, con sus orejas grandotas apuntando al cielo. Seguía atado al tronco de la encina. Vigilaba desde allí a Saray. Cuando la yegua se giraba y mostraba las posaderas en toda su plenitud, Federico retorcía el labio superior y dejaba a la vista su desigual dentadura.

–Sí, Federico es muy cariñoso.

## El canto del Pollino

(Miguel Ángel Gayo Sánchez)

Marta se levantó y probó a caminar. Ya no le molestaba el tobillo. Subió sin dificultad sobre la yegua.

-Si quieres, mañana quedamos aquí y te hago una pequeña demostración de doma clásica. Saray y yo estamos entrenando muy fuerte.

Esa noche tuve un sueño paradojal: la gota de agua se expandía y nos abarcaba a los dos. Gravitábamos desnudos en el centro de una esfera cristalina. Allí dentro, nuestros cuerpos se retorcían formando un infinito. Bebimos de la gota y nos supo a sal. Entonces comprendimos que en realidad nos envolvía una inmensa lágrima. Una lágrima que lo abarcaba todo y transcendía nuestro amor...

Me levanté con ese regusto salino en la boca. Desayuné rápido y acicalé a Federico como si fuese un día de fiesta.

-Hoy asistiremos a nuestro primer espectáculo de doma clásica -le susurré en una de sus orejonas cuando concluí el cepillado.

Federico giró la cabeza y me baboseó la cara. Era un animal muy intuitivo y sabía que pronto se encontraría con su amada Saray.

-Siempre serás un depravado -dije apretando mi cara contra su peludo cuello.

Yo también me acicalé más de la cuenta para una mañana de paseo y me aventuré a estrenar el pantalón y la camisa que reservaba para mi primer día de universidad. Llegamos a la pradera con mucha antelación. Los dos mostrábamos el nerviosismo de los amantes primerizos. A mí me dio por canturrear una estúpida canción infantil y a Federico por soltar pequeñas ventosidades.

-Debes tranquilizarte. Esos gases tuyos podrían ahuyentar a las damas.

# El canto del Pollino

(Miguel Ángel Gayo Sánchez)

Me senté bajo la encina y retomé el poema de la gota de agua. Decidí que un sentimiento tan verdadero solo podría encarnarse en otro ser de existencia real. En caso contrario los versos sonarían a impostura. ¡Nada de amores fatuos y veleidades etéreas! El destino de aquel poema debía ser la persona que lo inspiró. La gota de agua se pasearía por el cuerpo de Marta desvelando sus secretos: ¿por qué dijo, hasta en dos ocasiones, que hablaría de mí a sus amigas?; ¿qué la impulsó a buscarme en la pradera?; ¿mintió cuando anunció que tenía novio?; ¿por qué permitió que un extraño le acariciase el pie? Ahora me citaba clandestinamente para un pase privado de sus artes ecuestres...

Embebido en tales reflexiones tardé en captar los primeros signos de alteración en Federico. Los burros, con sus prominentes hocicos y sus enormes orejas, juegan con ventaja. La llegada de Marta y Saray me pilló a mí por los suelos y a Federico altivo como un doncel.

-Buenos días, Fernando.

Me levanté como pude y guardé con disimulo la libreta de los poemas en la talega.

-Marta... -balbuceé.

Más allá de escuchar mi nombre en su boca, fue la dignidad de su porte lo que provocó mi atoramiento. Montaba la yegua vestida con las galas de la doma clásica, con una media falda oscura que delineaba con suavidad su silueta y una chaquetilla granate rematada en cuello de terciopelo. La chistera de seda, un accesorio que en el entorno del campo podría considerarse ridículo, se me presentaba ahora como un símbolo cargado de sensualidad.

-Permite que sea tu escudero -reaccioné.

Marta siguió la broma y posó la fusta sobre mi hombro.

-Te nombro mi escudero personal. Y a tu burro, paje del séguito real.

## El canto del Pollino

(Miguel Ángel Gayo Sánchez)

Federico celebró el nombramiento iniciando su particular cortejo, con esos movimientos lúbricos de los morros y rebuznando sin parar.

-El canto del pollino -se rió ella-. ¡Qué empiece el espectáculo!

Marta se colocó en el centro de la pradera y realizó algunos giros artísticos. Luego inició un trote muy elegante, donde el animal elevaba al máximo sus rodillas sin apenas avanzar terreno. Enseguida se arrancó con una marcha cadenciosa y armónica. Las piernas de Saray se alzaban opuestas y en diagonal, lo que confería al trote un ritmo de lo más pretencioso.

Nosotros observábamos la escena desde nuestra posición junto a la encina. Federico se mantenía extrañamente inactivo, con la cabeza tiesa, quizás mosqueado porque esos movimientos tan insólitos de su amada fuesen un cortejo destinado a otro pretendiente.

¡Alma sensible la de mi burro! ¡Cuánta razón tenía! Desde un extremo de la pradera pudimos ver como avanzaba con ese mismo paso pretencioso un majestuoso semental de color zaíno. Saray lanzó un relinche al viento, reconociendo así a aquel animal como uno de los suyos, un pura raza español de linaje ancestral.

Marta también reconoció al jinete que lo montaba, un pimpollo poco mayor que ella ataviado con la vestimenta de los jinetes clásicos. Salió a su encuentro sin perder la compostura del trote que hacía tan solo unos minutos realizaba para mí. Los dos avanzaban al encuentro con el paso contenido, altivos con sus chisteras, ajenos al mundo circundante. Caballo y yegua restregaron sus crines al primer contacto. Marta y el jinete se agarraron en un tierno beso. Yo me escondí detrás de la encina, como si ese gesto me volviese invisible. Federico agachó la cabeza y restregó el hocico contra la hierba.

–Es hora de regresar a casa –dije.

## El canto del Pollino

(Miguel Ángel Gayo Sánchez)

Caminamos en silencio sin volver la vista atrás. Me giré hacia la pradera solo cuando alcanzábamos las primeras casas del pueblo. Las figuras recortadas de los dos jinetes se desdibujaban en el horizonte.

-Linda la muchacha -atiné a decir con los ojos empañados en lágrimas.

Federico comenzó a rebuznar. Un rebuzno muy distinto al canto del cortejo. Ahora sonaba desgarrado e intermitente, como si le faltase el resuello.

El extraño lamento llamó la atención de algunos paisanos que caminaban por allí.

-Burro loco. Tiene nombre de poeta -escuché decir.

Mis paisanos estaban en lo cierto. Los poetas somos todos unos locos. Creemos que podemos arrancar del mundo aquello que amamos y encerrarlo en el interior de una esfera de cristal.

Nunca más volví a saber de aquella muchacha. Acabé la carrera de veterinaria en tiempo razonable y regresé al pueblo. Ayudé en las tierras familiares mientras ejercía la profesión. Terminé por especializarme en el cuidado de los caballos y propuse a mis padres un giro en nuestra explotación. Con un crédito y los ahorros de toda la vida pudimos construir unas soberbias caballerizas. Iniciamos así una yeguada joven y prometedora dedicada en exclusiva a la pura raza española. En una de las muchas ferias a las que acudí en busca de sementales tuve la sorpresa de toparme con Saray. Se encontraba a la venta. Sus actuales dueños nada supieron decirme de Marta. Me hice con la yegua sin mucho regateo. Saray y Federico son ahora inseparables.

A mi mujer le sorprende esta extraña predilección mía por esa yegua. Yo le digo que Saray fue el gran amor platónico de nuestro burro. Y que esos amores primerizos nos acompañan el resto de nuestras vidas.

Luego, ya en soledad, observo el horizonte mientras mis labios susurran un poema de juventud, que el paso del tiempo me devuelve intermitente.